

# S. Agustín Roscelli

*Un sacerdote santo en la vida cotidiana*

*Génova 2001*

## Una clave de lectura

El humilde sacerdote de ayer, ‘escaso’ de dones de Dios, piedra viviente y preciosa tallada por el Espíritu con la sabiduría del amor, hoy es un nuevo y glorioso santo de la Iglesia de Dios, en particular de la genovesa, y de las Hermanas de la Inmaculada que él fundó.

Esta no es una biografía de gran estilo, donde abundan muchas noticias, con un consistente aparato documental; el mío es simplemente un perfil más bien interior, parcial y sobrio. No muestra todo lo que se encuentra en varias biografías extensas o breves.

De hecho, he intentado leer la “historia sagrada” de Don Agustín Roscelli dentro de él, capturando e interpretando los pensamientos y sentimientos con los que vivió la trama normal de su vida -84 años- y su trabajo como sacerdote durante 56 años.

Por eso he optado por no ser yo quien hable de él sino hacerlo hablar a él de sí mismo, ya que, «*estando muerto, aún habla*» (Hebreos 11,4).

Por este motivo he escrito este perfil como si fuera una autobiografía.

Me pareció útil e interesante informar sobre sus manuscritos, impresos en cuatro volúmenes (*citados con M, el número del volumen y la página*) junto con la narración en primera persona de su viaje a través de la historia, incluyendo algunos de sus pensamientos.

Este “humilde sacerdote de ayer”, que habría pasado por esta tierra en puntas de pie, casi hombre-sombra, que todavía es capaz de fascinar, como un cristal que tiene muchas facetas y envía muchos reflejos, capaz de iluminar e inspirar la vida y la actividad pastoral de la Iglesia, de los fieles cristianos, de los consagrados.

Sé de una persona, por ejemplo, que cada tanto va a la Iglesia de Santa María del Prato en Génova, donde se encuentran sus restos mortales y allí, en silencio, observando su imagen, revisando su vida, repensando su actividad pastoral y detectando características de su santidad para absorber su espíritu, Don Agustín se ha convertido en un amigo cercano, confidente e inspirador.

La humildad de Don Roscelli, que lo llevaba a no tener una idea demasiado alta de sí mismo, a no aspirar a cosas elevadas, sino a apegarse a las humildes (Romanos 12, 16), a considerar a los otros como superiores (Filipenses 2, 3), lo vuelve simpático y atrayente aún hoy.

Su vida con los ojos abiertos al mundo que lo rodeaba y que llevaba sobre sus hombros a través del confesionario, para “*descubrir las necesidades de los demás, que muchas veces nuestro prójimo no se atreve a manifestar*” (M I/90); su estar con *los oídos* a la escucha para oír el grito o el gemido sofocado de la miseria humana; su ir al encuentro de la pobre gente *con el corazón* compasivo y acogedor; su trabajo *con las manos* que le dio el modo de sacar a muchas chicas y mujeres de la

espiral del vicio; su proceder *con los pies*, que ponía inmediatamente en marcha para buscar respuestas concretas a las necesidades y situaciones, han hecho de él un sacerdote de la misericordia y de las obras de misericordia, un sacerdote abierto a toda posibilidad de bien, querido y apreciado por todos los que tenían el corazón libre de prejuicios y temores, un sacerdote-nada para estar en todo, un sacerdote que se dejó hacer y usar por Dios y por las necesidades de la gente, un sacerdote perplejo frente a todo lo que veía crecer bajo sus ojos y a su alrededor.

No le faltaron momentos de verdadero martirio moral por malentendidos, contratiempos, contrariedades y dificultades porque «*los santos, realmente forjados sobre el divino modelo, Jesús*» (M I/93), han compartido y recorrido el mismo camino, “el Camino de la cruz”. Y la razón es esta: «*¿Acaso el servidor es más que el maestro? Si el benignísimo Jesús, que es nuestro maestro, ha soportado tanto hasta morir crucificado por nosotros, ¿no queremos sufrir nada por él?*» (M I/224).

Don Agustín no perdió el ánimo porque sabía que el desaliento es peor que el pecado. Por eso exhortó: «*Adoramos, por lo tanto, a Dios y su Providencia, seguros de que jamás nos faltará... Nuestra confianza es, por tanto, siempre la misma en todos los acontecimientos, tanto prósperos como adversos*» (M II/124).

Entonces se entiende cómo llega a decir que: «*Las tribulaciones no son males, sino bienes; no son desgracias, sino la gracia que Dios nos concede porque sirven admirablemente para preservarnos del pecado y librarnos de él si ya hubiéramos sido culpables*» (M IV/104).

¡La aventura de la santidad en lo cotidiano y en las dificultades es aún y siempre posible para todos, también hoy!

“La santidad de Roscelli no pertenece al pasado, sino que es una realidad que de algún modo, está a nuestra disposición y se ofrece a cada uno de nosotros....es un tesoro que se da como un don y al mismo tiempo como una responsabilidad”. (Cardenal Dionisio Tettamanzi)

*pbro. Guido Oliveri*

### **Tanto como para entendernos...**

Yo no nací santo, ni me hice santo a mí mismo: ¡no hubiera sido capaz! Es el Espíritu quien, desde el Bautismo, día tras día, ha ido trabajando en mí, y lo único que hice fue simplemente no oponer resistencia sino secundarlo en todo. De hecho “*tenemos necesidad de ser animados y confortados por el Espíritu Santo, que es como el corazón del alma, sin el cual no puede tener ni vida de gracia ni capacidad de virtud; de Él tenemos todas las gracias*” (M IV/286).

No me he arrepentido jamás de haberle dado carta blanca al Espíritu, y puedo asegurar que habiendo combatido la buena batalla y terminado mi carrera (2 Timoteo 4, 5), el camino de la santidad es la experiencia más hermosa y feliz que una persona pueda tener, porque es una experiencia de vida plena, de libertad verdadera, de alegría profunda y su culminación es un «*encanto*» en cuanto que «*no hay nada más bello, más perfecto, más amable fuera de Dios*» (M I/198).

Si la Iglesia, después de haber “releído” y examinado toda mi vida, se ha pronunciado en mi favor declarándome santo, no es porque yo haya hecho cosas excepcionales; yo he vivido la vida de todos los días como la de cualquier otro hombre y sacerdote, haciendo lo que debía hacer y siguiendo el ejemplo de Jesús que pasó por esta tierra haciendo el bien a todos (Hech 10, 38) y haciendo bien cada cosa. (Mc 7, 37).

Yo no he tenido otro programa de vida y acción sino el que está escrito en mi vocación sacerdotal; por eso he tratado de ser sacerdote, siempre sacerdote y totalmente sacerdote, aunque ¡“un pobre sacerdote”!

La Iglesia, después de haber examinado a lo largo, a lo ancho y en profundidad toda mi vida, llegó a esta conclusión: “*Supo hacer de su vida un servicio total y un don cotidiano de sí mismo, sin*

*reservas y sin distinciones, aceptando en silencio y humildad, la tarea que Dios le manifestaba cada vez, le confiaba... en beneficio de cada clase social de su tiempo, haciéndose todo para todos, olvidándose de sí mismo, de sus propias necesidades, del propio tiempo, siempre a disposición de las almas a quienes verdaderamente supo acoger a toda hora, hasta las más inoportunas, en espera de aquel retorno que representa el milagro del triunfo de la misericordia de Dios sobre la miseria humana”* (Decreto sobre el ejercicio heroico de las virtudes, 21/12/1989)

Mi historia, de algún modo, está toda aquí y yo, mientras vivía, no pensaba en ser santo y lo confesaba: *«Es verdad, yo no soy santo, sino un miserable pecador»* (MI/128).

Pero creía firmemente que esta era mi vocación básica y que era seguramente la voluntad de Dios que yo llegara a serlo con su ayuda.

Y así fue, no por mérito propio, sino por la inagotable misericordia y gracia de Dios. De hecho, *«La caridad, cuando invade de verdad un alma, no permite que ésta viva de un modo indolente y negligente, sino que siempre la impulsa a realizar obras santas y virtuosas a favor del objeto amado, repitiéndole siempre en el corazón: “Alma amante, dame frutos de amor, dame tu cansancio, tu sudor, dame, en fin, pruebas de caridad”»* (MI/79).

Me resonaban en el corazón las palabras de Jesús: *«¿Qué provecho tendrá un hombre si gana el mundo entero y después pierde su alma? ¿O qué podrá dar el hombre a cambio de su alma?»* (Mt 16, 26).

Y rezaba así: *«Yo no puedo, oh mi Señor, pensar en tus palabras sin que un tierno reconocimiento me conmueva, porque recuerdo justamente aquellas mismas palabras con que tú me hablaste también a mí y me alejaste del amor del mundo detrás del que yo así mismo corría»* (MI/98).

Yo no he escrito ningún libro, pero mi vida es uno de tantos libros escritos *«no con tinta, sino con el Espíritu del Dios viviente»* (2 Cor 3, 3).

Reconozco que el Señor no me ha creado inútil, y por lo tanto, me ha dotado de una inteligencia y una voluntad como tienen los otros.

Tuve la suerte de tener buenos padres que, en su sencillez, sin tantas palabras pero con la fuerza elocuente de su vida buena, trabajadora y seria, orientaron y estimularon mi crecimiento humano y cristiano.

Aunque nunca pensé escribir un libro, sin embargo, por respeto a mi condición de siervo de la divina Palabra y por amor y utilidad de quienes debían escucharme, escribí las cosas que quería y debía decir en mi predicación y catequesis, a fin de que el pensamiento fuera claro y ordenado, y no corriera el riesgo de la improvisación, y para que quien me escuchaba pudiera recordarlo más fácilmente al ser esquemático y ordenado.

## **Comienzo a contar mi historia**

Ahora contaré mi historia y así se verá cómo la acción del Espíritu pasó a través de la trama de una vida ordinaria y normal.

Si salgo del silencio en el que me propuse vivir siempre, lo hago para confesar, como la Virgen, que “grandes cosas ha hecho en mí el Omnipotente y santo es su nombre” (Lc 1, 49), a pesar de tener yo este título.

## **Soy un ligure**

Yo nací el 27 de julio de 1818, el mismo día que mi padre, en Bargone de Casarza Ligure, un pequeño pero encantador pueblo de los Apeninos Lígures, a más de trescientos metros sobre el nivel del mar, en el interior de Sestri Levante. En ese tiempo pertenecía a la Arquidiócesis de Génova.

Recién a fines del siglo, al crearse la Diócesis de Chiavari, pasó a depender de la nueva Diócesis.

Cuando nací, mi salud era sumamente precaria; por eso, la primera preocupación de mis padres fue hacerme bautizar enseguida, lo que sucedió en mi casa natal.

Luego, cuando estuve un poco mejor, me llevaron a la Iglesia parroquial el 30 de agosto de 1818 para completar la ceremonia ritual de mi incorporación a la Iglesia.

### **La familia: mi primera escuela de vida**

Mis padres, Domingo Roscelli y María Gianelli, eran campesinos; no eran ricos de dinero pero tenían la riqueza de la fe, de la vida cristiana, de la honestidad y la laboriosidad.

Me crié y crecí en mi familia, junto a un hermano, Domingo Andrés, y dos hermanas, Tomasita y Virginia, los tres mayores que yo; hubiéramos sido ocho hermanos si no se hubieran muerto cuatro que me habían precedido.

En mi familia pude respirar un aire de sencillez, de trabajo, de religiosidad; si bien no había mucho dinero, mi papá y mi mamá estaban contentos con lo poco que tenían y no se quejaban.

Por eso aprendí y me quedó impreso en mi interior para toda la vida, el sentido de sobriedad, por el cual, habiendo nacido y crecido pobre, he podido morir también pobre, e hice escribir en la cruz de mi tumba cavada en la tierra: “El pobre sacerdote”.

### **El prado: mi primera escuela de oración**

Apenas me lo permitió la edad, mi padre me habituó a hacerme útil a la familia, como ya lo hacían mis hermanos.

Así empecé a pastorear el rebaño y me encariñé tanto que experimentaba un gran dolor, hasta el punto llorar a escondidas, cuando veía conducir una oveja al matadero; más aún, rehusaba comer cuando la carne de la oveja era llevada a la mesa.

Las largas horas que pasaba en el silencio y la soledad del campo, mientras pastoreaba las ovejas, me servían para abrirme al diálogo con Dios: ¡qué fácil me era advertir su presencia en contacto con la naturaleza!

Y así, poco a poco, mi alma se habituaba a la unión con Él, tanto con los pensamientos como con los sentimientos y luego continuaría durante toda mi vida y mi ministerio sacerdotal.

Siendo ya adulto, como sacerdote, pude comprobar que *«el hombre ofende a Dios porque se olvida de vivir en su presencia, bajo su mirada»* y no piensa que *«Dios está presente en cada una de nuestras acciones y nos observa siempre»* (M II/8). En cambio *«la divina presencia nos conduce a la perfección»* (M II/14).

Puedo decir que mi trabajo como pastor fue para mí no sólo una escuela de vida, sino también en cierto sentido, mi primera escuela de oración, porque aprendí a contemplar.

En esos años no pensaba todavía que de pastor de ovejas me convertiría en pastor de almas y que el sufrimiento que experimentaba por las ovejas destinadas a la muerte, era ya, en cierto modo, un anticipo de la pena que experimentaría por tantas almas que signadas por el vicio o forzadas al mal moral y espiritual y por lo tanto a la muerte interior, encontraría, por Providencia divina, en mi ministerio de sacerdote y confesor.

### **Estudiar sí, pero ¿dónde?**

A medida que crecía, mis padres veían que no me faltaba inteligencia, que tenía un carácter despierto, y que, siendo un muchacho como cualquier otro, no era superficial, sino que tenía una conducta seria tal como la había respirado en mi familia.

Como era de salud delicada, era poco apto para las tareas del campo.

Por eso mi padre y mi madre deseaban que tuviera una instrucción intelectual que desarrollara los dones que encontraban en mí y que me abrierán un camino para el futuro.

Pero, ¿dónde podría recibir esta formación cultural? Ciertamente no en Bargone, pues no había escuelas estatales. En otras partes existían institutos de educación, pero estaban lejos y los medios económicos de mis padres eran limitados e insuficientes.

¿Y entonces? No sé cómo, pero el asunto fue resuelto por mi párroco, Don Andrés Garibaldi, porque al comprender la intención de mis padres pero también sus dificultades, se encargó de darme las primeras instrucciones fundamentales. Y esta intervención fue para mí una útil y anticipada lección de caridad y celo pastoral que no se limita a brindar palabras consoladoras, sino que trata de encontrar prontas soluciones a las necesidades de la gente.

Son realmente verdaderas las palabras evangélicas. Jesús dijo: *“Buscad primero el reino de Dios y su justicia y lo demás se os dará por añadidura”* (Mt 6, 33).

Considero que si pude comenzar a estudiar, lo debo a la intervención de la divina Providencia que vio el espíritu de fe de mis padres y fue a su encuentro porque ellos buscaban al Señor en la rectitud de costumbres.

Mis padres no me podían ayudar en los estudios porque no estaban preparados, pero nunca me hicieron pesar que por causa de la escuela y los estudios, tuviera menos tiempo para dedicar al cuidado del rebaño.

Debo decir que me esforcé al máximo, sin tener en cuenta el cansancio, para no defraudar la disponibilidad, el empeño y la paciencia del párroco y las comprensibles expectativas de mis padres.

### **¿Por qué no ser sacerdote?**

Ya mi párroco había puesto los ojos en mí pues veía que frecuentaba gustosamente la iglesia parroquial, servía como monaguillo en la santa Misa, y no me costaba dejar el juego y la diversión por la oración.

Tal vez por estos signos, Don Andrés se hizo la idea de que tenía las condiciones para ser sacerdote.

Cuando me daba lecciones, comenzó a iniciarme en el latín después de algunos años de estudio elemental, y no perdía ocasión para hablarme de Dios, de la vida de la gracia, de la belleza de las virtudes cristianas, del valor del sacerdocio y de su misión.

Yo escuchaba con atención e interés y conservaba en mi interior las cosas porque me agradaban, me hacían bien y me abrían horizontes.

Mientras tanto debía prepararme para la primera Comunión y después para la Confirmación, que me fue conferida el 24 de noviembre de 1833.

Tenía entonces quince años, y si bien continuaba con mi trabajo manual, cada vez me sentía más atraído por Dios e inclinado al sacerdocio, por lo cual crecía el deseo de la oración y aumentaba el tiempo que buscaba dedicar a ella.

La idea de hacerme sacerdote no fue rechazada por mis padres porque no pensaban que con ello perderían un hijo ni que yo sería un hombre infeliz. Al contrario, pensaron que sería bello y honroso consentir que Dios eligiese un hijo suyo totalmente para Él y su Iglesia.

Debo confesar que dudé un poco en manifestar esta intención a mis padres porque sabía que mis hermanos se estaban por casar y no quería, por el momento, agravar más la situación.

Mientras tanto, mi párroco continuaba estando cercano a mí y me seguía con discreción; me enseñaba a rezar mucho y a tener mucha fe y confianza en el Señor; me decía que si Él me quería sacerdote, no le faltarían los medios y los modos para hacerme recorrer ese camino.

Yo seguí su consejo, no solamente en ese momento, sino durante toda mi vida he podido comprobar que dando crédito a Dios en la fe y la confianza, nunca seremos defraudados porque *«Dios todo lo rige y lo gobierna y nada sucede por azar: su infinita sabiduría todo lo conoce y todo lo dispone para su gloria y para nuestro provecho espiritual»* (M IV/70). *«Pero lo que más debemos esperar del Señor, poniendo en Él la máxima confianza, son los bienes espirituales, es decir, todas aquellas gracias necesarias para nuestro estado de vida al que fuimos llamados por Dios»* (M IV/70).

Por otra parte, *«la fe sin esperanza es inútil»* (M II/41).

## **Llega para mí la hora de la llamada**

Y así llega para mí el momento propicio para mi elección vocacional.

En mayo de 1835 se realiza en mi parroquia la Misión, muy fomentada por el Cardenal Tadini, Arzobispo de Génova, para renovar la vida cristiana, purificarla de ciertas ideas rigoristas en cuanto a la religión, fruto del jansenismo, e incrementar las vocaciones sacerdotales.

Cinco sacerdotes, encabezados por el arcipreste de Chiavari, el canónigo Antonio María Gianelli, que sería luego Obispo de Bobbio y declarado santo en 1951, durante dos semanas predicaron, catequizaron, dialogaron y confesaron mucho; se realizaron dos procesiones solemnes y se colocó, como era costumbre, una gran cruz como recuerdo de esa fuerte experiencia religiosa.

En aquel tiempo yo tenía diecisiete años y me quedó muy grabado cuanto había escuchado y visto: me parecía justamente que había llegado para mí la hora de Dios.

Quise hablar de lo que tenía en mi interior con el canónigo Gianelli, quien enseguida me comprendió y me alentó a tomar el camino del seminario para llegar a ser sacerdote.

Contando con el apoyo y la garantía de mi párroco y el consentimiento convencido y entusiasta de mis padres, comencé a prepararme durante el verano para ir a Génova huésped de una pariente, la madrina de mi hermano Domingo, quien me podía hospedar por ochenta centavos diarios.

Mi mamá se puso enseguida a la tarea, no sin privaciones, para prepararme el equipaje y algún dinero para llevar en caso de cualquier eventualidad.

## **Perdido en una gran ciudad**

En octubre de 1835 llegué a Génova.

Yo, que estaba acostumbrado a vivir en un pueblito rural y que hasta ese momento no me había movido de casa, me sentía un poco perdido y casi temeroso al encontrarme en una gran ciudad, a la que le costaba aceptar la anexión de la Liguria al Reino sardo de Victorio Emanuel I y que advertía los movimientos revolucionarios organizados por José Mazzini, de modo que era llamada “el gran volcán de la libertad italiana” y desempeñaba el rol de incitadora del resurgimiento nacional.

Ciertamente yo no estaba preparado para todo eso, pero tenía el convencimiento de que debía custodiar un depósito muy precioso, que era mi vocación sacerdotal, y esta conciencia, sostenida por

la gracia de Dios, la oración y una intensa vida espiritual y ascética, fue un puntal de fuerza y resistencia.

Mi alojamiento genovés estaba en la Subida del Prione, que unía la Plaza de las Hierbas con la Puerta Soprana; una zona de casas precarias, unidas unas a otras, donde bullía toda clase de gente.

Mi primer año transcurrido en Génova me costó bastante pues debía atravesar esa zona complicada para llegar a la iglesia de San Donato para mis devociones y para completar mis estudios preparatorios para el seminario.

No tenía conocidos, estaba solo y no tenía modo de dialogar con jóvenes de mi edad. Y a esto se agregaban los gastos para el alojamiento y la comida.

Mis padres hacían milagros para mandarme puntualmente lo que necesitaba y yo me afligía al pensar en los sacrificios que comportaba mi permanencia en Génova.

Pero estaba dispuesto a llegar hasta el final porque quería corresponder a mi vocación y coronarla con el sacerdocio.

### **Mi primera etapa hacia el sacerdocio**

Experimenté una gran alegría cuando finalmente, el 12 de junio de 1836, en la capilla del Obispado, fui admitido a la Tonsura que me insertaba en el clero, y a las dos órdenes menores, Ostiario y Exorcista, para el cuidado y custodia del Templo sagrado y para la lucha contra el mal y el Maligno.

Esta alegría fue muy pronto perturbada por el pedido de aumento de la retribución de quien me hospedaba.

Era, ciertamente, un gran problema porque no podía exigir aún más a mi familia, pero tampoco quería interrumpir mi preparación para el sacerdocio.

Por suerte, o mejor dicho, por Providencia divina, vino en mi ayuda otra vez, el canónigo Gianelli, quien me encontró hospedaje gratuito en el Conservatorio de las Hijas de San José, en la subida San Rocchino, del cual era Director, donde debía estar como clérigo, sacristán y custodio de la iglesia anexa al Convento de esas monjas de clausura.

En ese ambiente me hallaba muy bien; podía estudiar en paz, tenía la posibilidad de orar largamente y estaba siempre en contacto con el mundo de Dios.

### **También me sirvió el servicio militar**

Pero este bienestar material y espiritual no duró mucho, porque habiendo cumplido veinte años en 1838, fui llamado bajo las armas y no podía rehusarme.

Partí para el servicio militar el 27 de noviembre de 1838 y volví el 5 de enero de 1840.

Para mí no fue un período negativo porque continué cultivando la vida espiritual y así, en lugar de disiparme y perderme, se confirmó y reforzó aún más mi elección.

Terminado el servicio militar, regresé al Conservatorio de las Hermanas y retomé mis estudios, al mismo tiempo que hacía todo lo que se me había encomendado.

### **Jamás me abandonó la divina Providencia**

Procuraba hacer bien mi deber, ser puntual y preciso en todas las cosas, cultivar la vida de piedad; quería tener un comportamiento digno y adecuado al lugar donde me encontraba.

Todo esto no pasó inadvertido a la marquesa Negrotto Cambiaso, quien frecuentaba la Iglesia del Conservatorio; esta señora era muy generosa y gustosamente se ofrecía a ayudar a los seminaristas que tenían dificultad para pagar la cuota del Seminario. Es así que la marquesa obtuvo que fuera recibido en el colegio de los Padres Jesuitas como prefecto de disciplina y asistente de los alumnos que allí concurrían.

### **Alumno externo del Seminario**

Por disposición del Cardenal Tadini, a partir del otoño de 1843 pude ingresar como alumno externo al Seminario, en la calle Puerta de los Arcos, para los estudios teológicos.

El Arzobispo de Génova estaba convencido de que *“donde se tienen buenos sacerdotes que preceden a los fieles con el buen ejemplo y con una sana doctrina, casi siempre los fieles que les fueron confiados llegan a ser buenos y sobrios cristianos”*.

Por eso hizo construir una cuarta ala, cerrando el patio del Seminario, para hospedar a los numerosos aspirantes al sacerdocio y poder formarlos según el Corazón de Cristo.

Pero incluso esta construcción fue insuficiente para responder a todos los requerimientos. Por este motivo había previsto que los jóvenes aspirantes al sacerdocio pudieran hospedarse en alguna otra Casa o Colegio reconocidos por una Comisión para el Clero específica y frecuentar el Seminario para cursar teología.

Así me sucedió a mí con la ayuda de la marquesa, quien me pagaba las cuotas, mientras que para mi mantenimiento me bastaba yo, desempeñando el cargo de prefecto y de asistente de los alumnos internos, y además, prestaba servicio como sacristán en la iglesia de la Magdalena, cercana a la sede del colegio de los Jesuitas en el Palacio Tursi.

### **Con buenos educadores y compañeros**

Ejercieron una gran influencia sobre mí y sobre mis compañeros del Seminario, la presencia y la acción del joven rector Don Juan Bautista Cattaneo, un hombre enteramente de Dios, y el profesor de teología especulativa, Mons. Salvador Magnasco, luego Arzobispo de Génova.

Además encontré óptimos compañeros, entre ellos Gaetano Alimonda, Tomás Reggio, Disma Marchese, que llegarían a ser, el primero, Cardenal y Arzobispo de Turín, el segundo Arzobispo de Génova y el tercero, Obispo de Acqui Terme.

También estaba Antonio Piccardo, quien transformó los Hijos de María Inmaculada, reunidos por Frassinetti, en Congregación religiosa; y también Luis Persoglio quien llegó a ser un valioso y diligente predicador e historiador de las tradiciones religiosas genovesas y liguas.

### **La obra de la “Corrección fraterna evangélica”: una escuela de formación**

No fue de poca ayuda la adhesión a la Congregación de San Rafael, ideada por el sacerdote Don Lucas de los Condes Passi de Bérgamo, en la cual, quien se inscribía, por una parte se empeñaba en el ejercicio-servicio recíproco de la corrección evangélica del hermano, y por otra parte, era estimulado a adquirir las virtudes fundamentales y características del sacerdote diocesano y del correspondiente ministerio pastoral, a fin de ganar las personas para Cristo.



## **¡Finalmente sacerdote!**

Debo decir que no me pesó la tarea de mi formación espiritual y cultural por la cual el arzobispo de Génova me autorizó a cursar teología en sólo tres años, aunque fuera alumno externo, y así, el 19 de septiembre de 1846, el Cardenal Plácido M. Tadini me ordenó sacerdote en la Capilla del Palacio Arzobispal.

Una vez ordenado sacerdote, no me conformé con la formación recibida en el Seminario, sino que la continué valiéndome de la Congregación del Beato Leonardo de Puerto Mauricio que se encargaba de acompañar al clero recién egresado del Seminario, a continuar cultivando la vida de piedad, la solicitud pastoral y el cuidado de las almas, especialmente en el campo moral.

## **Cura en San Martín de Albaro**

Mi primer campo de ministerio, como cura, fue la parroquia de San Martín de Albaro.

Yo no tenía ninguna preferencia, pero cuando supe mi destino me alegré porque allí era párroco Don José Chiappe, quien había sido mi párroco en Bargone desde 1841 hasta 1843.

Por eso me conocía, conocía a mis padres, conocía un poco de mi historia y de ese modo se estableció entre él y yo, una buena relación.

Pronto me dediqué con todas mis frescas energías de joven sacerdote de veintiocho años, al ejercicio de la caridad pastoral: la liturgia celebrada con esmero y sobre todo participada íntimamente, disponibilidad constante para administrar los sacramentos comenzando por el bautismo de muchos niños y pasando tiempo en el confesionario, catequizando a grandes y chicos, visitando a los enfermos y también a sus respectivas familias.

Cultivaba todo esto con mucha oración personal: me gustaba estar largamente con el Señor, delante del Tabernáculo, en las horas libres del ministerio, porque estaba convencido de que sin Él yo no podría hacer nada, más aun, era Él quien obraba en mí y a través de mí y me otorgaba el bien y la alegría de asociarme a su incesante acción pastoral.

Yo quería servir, no quería aparecer, sino desaparecer como San Juan Bautista, a fin de que la atención no se centrara en mí, sino en aquel que obra todo en todos (I Cor 15, 28), *«conforme a Jesucristo que no tenía pecado y...confiesa que cuanto tiene y cuanto es, todo es nada delante de su Padre, de quien todo le ha sido dado gratuitamente»* (M I/190).

## **El campo de la caridad pastoral se agranda**

Con la llegada a Génova, en el año 1853, del nuevo Arzobispo Mons. Andrés Charvaz, mi campo pastoral se extendió más allá de los límites parroquiales puesto que se me dio autorización para celebrar la Santa Misa en todas las Iglesias y Monasterios de la Diócesis y para ejercer el ministerio de la Reconciliación; luego, para alimentar la piedad de los fieles y unirla al misterio de la Pasión y Muerte de Cristo, obtuve el permiso de erigir las estaciones del Via Crucis, tanto en las Iglesias públicas como en las privadas.

## **De San Martín al centro de la ciudad**

Cuando mi mamá quedó viuda y sola, mi hermano, que también había enviudado, le propuso ir a vivir con él a Génova, en el centro, y también me invitó a mí, a fin de facilitarle a mi mamá la separación del pueblo y la ambientación en la ciudad.

Acepté por el respeto, el honor y el reconocimiento debido a los padres, y de ese modo, con el beneplácito del Arzobispo, me domicilié en la calle Colombo N° 9, en el edificio Sauli.

### **Confesor en la Iglesia de la Consolación**

En aquella zona estaba la Iglesia de la Consolación, donde entonces, como ahora, pasaba mucha gente.

Yo comencé a ponerme y quedarme largo tiempo en un confesionario y justamente a través de ese pequeño observatorio de la fragilidad y miseria humanas, aprendí a conocer y compartir tantas historias de las personas: allí escuché de todo, porque la gente, si encuentra un sacerdote que la escucha y la comprende, se abre y vuelca en su corazón, de modo particular y frecuentemente, todas sus amarguras, cansancios, rabias, pecados, desilusiones, esperanzas, etc.

Y así pude, bajo la luz y con la fuerza del Espíritu Santo, depositar en los corazones de muchos hombres y mujeres, adultos y jóvenes, la semilla consoladora y estimulante de la palabra de Dios, que preserva y salva, cuya «fuerza» y «eficacia» *«jamás puede faltar, porque se funda en la ayuda que Dios...derrama en nuestros corazones»* (M IV/174).

Así como jamás me pesó, tampoco nunca me arrepentí de haber pasado horas y horas en el confesionario, no sólo para alejar a las personas del mal, sino para encaminarlas por el camino de la virtud. (M II/293)

Era consciente de que, como confesor, debía hacer al mismo tiempo de padre, de médico y de juez. Es lo que busqué hacer.

Como *padre*, acogía con amor, corregía con caridad, sufría con paciencia las debilidades que iba escuchando; como *médico*, me interesaba conocer las enfermedades espirituales, descubrir la gangrena de las almas, captar de lleno las malas actitudes, discernir un mal de otro y aplicar los remedios oportunos; como *juez*, debía dar, a continuación, sentencia según los pecados y las disposiciones de los penitentes (M II/321).

No quería ser como aquellos *«confesores que nos adulan, que nos compadecen demasiado, secundando nuestras malas inclinaciones y nos dejan vivir a nuestro modo, con nuestros mismos defectos, las mismas debilidades, la misma indolencia para el bien, sin conducirnos jamás por el camino de la perfección y la santidad»*.

Por eso, en la catequesis, enseñaba a *«poner diligencia y atención en elegir un buen confesor, porque de ello puede depender nuestra santificación»* (M II /322).

### **Entre los Artesanitos de Don Montebruno**

La divina Providencia dispuso que en la parroquia, viviese con sus padres otro sacerdote, Don Francisco Montebruno, más joven que yo; tenía una particular sensibilidad hacia la pobreza humana y social y demostraba un especial interés por los chicos de la calle, abandonados a sí mismos, expuestos a todas las experiencias negativas: los quería recuperar a toda costa, defenderlos, y soñaba recogerlos en una casa.

Así sucede en 1857, en una casa de la calle Caprettari N° 5. Y los huéspedes, habiendo sido consagrados y confiados a Jesús y al santo artesano José, fueron pronto llamados Artesanitos.

También yo me sentía plenamente identificado con Don Montebruno. Fue así que me convertí en su colaborador, sin hacerle jamás sombra, especialmente en el campo espiritual, y decidí ir a vivir a

Carignano, en la casa nueva que con el tiempo debió abrir para sus Artesanitos que iban aumentando en número, porque no era capaz de volver a casa sin traer un nuevo muchacho encontrado en la calle.

Mi tarea y servicio era instruirlos en la religión cristiana, prepararlos para recibir los sacramentos, confesarlos; pero estaba con ellos también durante el tiempo de la recreación para conocerlos directamente e introducirme en su longitud de onda.

Don Montebruno me había encomendado, además, como ecónomo, la administración de la Casa, pensando seguramente que, habiendo experimentado la pobreza, era capaz de tener en cuenta todo, de evitar derroches, de educar en el ahorro y en el contentarse con lo necesario.

Esta es la razón por la que me las ingenié para recoger y hacer recoger papel para venderlo y así pude reunir discretas sumas.

### **Los Artesanitos fueron para mí un banco de prueba**

Nunca me detuve a hacer un balance de mi ministerio entre los Artesanitos.

Sin embargo, puedo afirmar que fue un ministerio muy bello, aunque cansador porque no siempre lograba entrar en sintonía con los muchachos y más de uno se mostraba indiferente, rehusaba escuchar la catequesis, no soportaba la disciplina y ¡hacía “de las suyas”!

Pero no me dejé influir negativamente por esas situaciones y dificultades, aunque no niego que me hacían doler el corazón; pero tenía la convicción de que si seguía amándolos a todos y siempre, a pesar de todo, y mirándolos con esperanza, habría recogido buen fruto.

En mi catequesis, que era donde impartía mi servicio educativo, proponía esta línea de conducta pedagógica: *«tengan paciencia, no se molesten, no se enojen ni se ofendan; sólo con la dulzura y las buenas maneras lograrán hacerlos volver a su deber e inducirlos a corregirse»* (M II/166).

### **Las llamadas pasan incluso a través de las rejas del confesionario**

Mientras atendía la Obra de los Artesanitos, seguía confesando en la Iglesia de la Consolación.

El contacto directo con tantas situaciones de peligro en las que llegaban a encontrarse las jóvenes, que a causa de la industrialización se trasladaban a la ciudad en busca de trabajo, y estaban expuestas a considerables riesgos morales, determinó en mí una necesidad imperiosa de hacer algo para que la búsqueda del sustento necesario no comportase un carísimo e inaceptable costo para sus conciencias.

Estaba convencido de que *«el amor, para ser verdadero, debe ser como el fuego, que siempre está activo»* (M II/83) y *«la caridad nunca dice basta»* porque *«es inmensa como es inmenso Dios que la origina»*; por eso *«cuanto más se ama, tanto más se busca amar»* (M I/79) y no se puede limitar *«la caridad a simples expresiones o a bellas palabras»* (M II/150).

Esta apremiante preocupación no era sólo mía, porque, gracias a Dios, también la tenían algunas jóvenes penitentes a quienes guiaba espiritualmente, a las que no podía no hacerles sentir la compasión de Cristo cuando veía tanta gente como ovejas sin pastor, sin que nadie se ocupara concretamente de su cuidado.

### **La caridad es inventiva**

Fueron estas penitentes quienes, con su disponibilidad de tiempo, de energía y de medios, me ayudaron a abrir en 1864 y a dirigir una primera Casa Taller en calle Colombo, N° 5 y en seguida una

segunda en el N° 71 de Villa Lanieri para defender a las jóvenes trabajadoras y aprendices de especulaciones ilícitas y de deplorables explotaciones.

Mis colaboradoras se ofrecían gratuitamente a enseñarles corte y confección, costura y bordado, mientras yo me ocupaba de instalar en el corazón de las jóvenes el sentido de la dignidad como persona y como mujer y los principios de la vida cristiana y la moral evangélica, a partir de un vivo y actual sentido de Dios.

Estaba convencido de que *«el pensamiento de la presencia de Dios, no sólo es un medio eficacísimo para preservar de toda culpa, sino también para avanzar muchísimo en el camino de la virtud cristiana»* (M II/15).

Les enseñaba *«a considerar qué quiere decir verdaderamente ser cristiano»*, a no *«pisotear las promesas del Bautismo»* y sobre todo a *«iniciar una vida nueva que se asemeje a la de Jesucristo»* (M IV/54-59), así como les enseñaba a los demás.

### **Dios que llama, hace que uno se supere**

Jamás habría imaginado que me embarcaría en una aventura de semejante envergadura porque, humanamente hablando, no era un hombre de vanguardia y siempre obraba a la sombra de otros.

Pero, dejándome conducir por la divina Providencia, que logra mayores cosas que nosotros mismos, y recogiendo en las necesidades humanas la indicación concreta y práctica de la voluntad de Dios y de sus múltiples y específicas llamadas, me entregué de lleno a la masa humana para hacerla fermentar con la levadura del Evangelio y de la caridad fraterna, servicial y solidaria.

### **La caridad pastoral me apremiaba**

Esta acción pastoral, no obstante, no me distrajo ni alejó del confesionario en la Iglesia de la Consolación y del servicio educativo y espiritual a los Artesanitos, siempre de acuerdo y en estrecha colaboración con Don Montebruno.

También encontraba tiempo para ser útil a los monasterios de la zona; estando cerca, necesitaba menos tiempo para llegar y me quedaba más tiempo para estar con las monjas, escucharlas, confesarlas y guiarlas.

### **¿Yo fundador de Hermanas?!**

Mientras yo atendía mis múltiples ministerios, el Señor trabajaba en el corazón de mis colaboradoras y un buen día, vinieron a mí para hacerme la propuesta y el pedido de que las reuniera en comunidad, para seguir más de cerca e imitar a Jesucristo, según los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia, asumidos con voto, y vestir un hábito religioso.

En pocas palabras, estas jóvenes se sentían llamadas a ser Hermanas, para dedicarse totalmente y a tiempo pleno a la caridad social y educativa.

Si me parecía superior a mis fuerzas y capacidad emprender la apertura de las dos Escuelas-taller, ya encaminadas y funcionando bien, la perspectiva de dar vida a una nueva familia religiosa me dejaba más confuso y perdido; era una responsabilidad nada trivial, y se necesitaba una capacidad organizativa que yo no reconocía en mí, por lo cual traté en un primer momento, de dejar caer la propuesta disuadiendo a las jóvenes de su intento.

Yo, que era un sacerdote pobre, silencioso y escondido, no me veía como fundador y formador de hermanas.

Pero lo que el hombre no puede hacer solo, con Dios, en cambio, se hace posible. «*Todo es posible para el que cree*» (Mc 9,23).

De mi parte, quería perseverar en el propósito de dejar obrar a Dios y dejarme utilizar por Él como quisiera.

Así me puse a orar más, para que si estaba en los designios de Dios que surgiese en Génova un nuevo Instituto de hermanas, sucediera alguna cosa que me lo hiciera comprender, o por lo menos intuir o presuponer.

Y así sucedió.

### **Una señal del cielo**

El 1 de marzo de 1870 me enfermé gravemente y con este alejamiento forzoso de la responsabilidad de mi servicio, surgió en el ánimo y en las conversaciones de las maestras y de las muchachas una cierta preocupación por las Casas-taller.

Las jóvenes pensaban que si hubieran sido Hermanas, la Obra de Dios habría tenido un apoyo definido y estable.

Se pusieron entonces a rezar mucho a San José –estábamos en el mes dedicado a él- y yo, después de quince días sané y pude retomar mi actividad normal.

En esta curación, me pareció claro que el Señor tenía un proyecto bien preciso para mí y que me pedía que aceptase el requerimiento de mis colaboradoras y discípulas espirituales.

### **La obra de Dios da sus primeros pasos**

Reuní a las jóvenes maestras y les comuniqué mis consideraciones: fue una explosión de alegría, si bien yo traté de apaciguarlas un poco, hablando de las dificultades que deberíamos afrontar porque no teníamos nada. Pero comenzamos enseguida.

Encontré un terreno en el que se podía edificar en la zona de “Villa Pila”.

Hablé del proyecto al Arzobispo de Génova, Salvador Magnasco, mi antiguo profesor de teología, quien, con gran sorpresa mía, lo aprobó y lo alentó inmediatamente con la única preocupación de dónde sacaría el dinero para hacer frente a los considerables gastos para la adquisición del terreno y la edificación.

Esto también fue para mí una confirmación de que estaba caminando según la voluntad de Dios; y esto era lo que más me preocupaba, no sólo por mí sino también por quienes estaban a mi lado y confiaban en mí.

### **Para las cosas de Dios también fui mendigo**

Como durante mi vida me había dado cuenta de que la Divina Providencia, si bien en sus tiempos y sus inescrutables canales, nunca me había fallado, le aseguré al Arzobispo que comenzaba a depositar algunos de mis pequeños ahorros.

Después no habría dudado ni me habría avergonzado de pedir limosna, para una obra de Dios, a las personas que había ido conociendo y que disponían de cierto rédito.

Comencé a subir y bajar escaleras y escaleritas hasta que finalmente reuní la suma que necesitábamos.

Pero la Providencia reservaba a mi fe y a mi confianza una prueba no pequeña porque el Banco Casareto, donde había depositado el dinero, fue a la quiebra y así, en un momento, perdí todo lo que en tantos días había logrado reunir.

### **La prueba es ocasión de crecimiento**

Tuve un compás de espera y me pregunté si era verdaderamente voluntad de Dios lo que intentaba. Pero pasado el primer momento de desconcierto, compartido con las jóvenes maestras, continué confiando en el Señor y esperando en silencio sus misteriosos e inescrutables designios.

### **Jesús: mi luz y mi fuerza**

Tenía un gran recurso: ahora y siempre, la oración. Me ponía de rodillas ante el Tabernáculo y allí pasaba horas y horas, incluso toda la noche, y a Jesús en el Santísimo Sacramento le abría mi corazón, le pedía luz, invocaba su ayuda y le decía sobre todo que tenía plena confianza en Él.

También me hicieron óptima compañía la Virgen y San José, hacia los cuales alimenté una particular devoción que traté de infundir también en mis hijas espirituales.

Pero quería que se tratase de devociones genuinas, y por eso les enseñaba: *«Seamos devotos de la Virgen gloriosa y de los Santos, lo que será de gran provecho y ayuda, pero para que sea una verdadera devoción, es necesario que nos lleve a amar sobre todas las cosas a nuestro Dios: si no nos conduce a esto, la devoción es falsa y aparente»* (M II/81).

### **Asistente espiritual de los presos**

Mientras tanto, en 1872, me invitaron a formar parte de la Compañía de la Misericordia y a prestar asistencia espiritual en las Cárceles de San Andrés, donde se habían producido hechos repulsivos y espantosos.

No me rehusé a ese pedido porque me atraía toda forma de hacer el bien y me ponía a su servicio.

Con gusto trataba de estar cerca de los detenidos, para que la prisión no se convirtiera para ellos en una escuela de vicio y de perversión.

Me dedicaba muy particularmente a los condenados a muerte para despertar en ellos aquella fe que, tal vez desde hacía años, había quedado sofocada por tantas experiencias negativas y que era la única que en aquel momento les podía abrir el horizonte de salvación y de esperanza.

Aunque no podía sustraerlos de su dura e inexorable condena, les ofrecía el consuelo de la misericordia de Dios, que siempre y en todo está dispuesta a perdonar a los hermanos, que podían morir sintiéndose al menos amados por un hombre como ellos y mirados por el Crucificado que tenían ante sus ojos.

¡Se pueden imaginar cómo tenía destrozado el corazón cuando los acompañaba al lugar de la ejecución, el Muelle Viejo, después de un momento de oración en la iglesia de San Marcos!

## Capellán del Hospicio para hijos abandonados

Estando siempre en el confesionario conocí otra terrible situación, la de las chicas-madres que abandonaban a sus hijos no deseados, incomodantes y embarazosos, a los cuales, en un tiempo, colocaban en el famoso “torno”.

Yo no me escandalizaba, aunque experimentaba una gran pena, porque me decía a mí mismo y a los demás: «*Si Dios nos abandonara a la miseria de nuestra nada, también nosotros seríamos capaces de cometer todas las iniquidades del mundo*» (M II/167).

La Provincia había abierto en la Subida de las Fieschine un Hospicio donde podían ser dejados directamente, de modo anónimo, los hijos no deseados o no queridos, cuyo reconocimiento era dado por la mitad de una medalla que se colocaba al hijo, mientras que la otra mitad la tenía la madre biológica.

Como este hospicio estaba en el territorio de la Consolación, también me convertí en su Capellán y presté este servicio desde 1874 hasta 1896.

Si hubiera podido escribir todas las aventuras que miles de muchachas-madres me confiaban, habría surgido una historia con muchas sombras, pero también con muchas luces porque el corazón de cada persona conserva siempre un porcentaje de bien y siempre puede convertirse.

¡La gracia del Señor puede hacer milagros, incluso en las personas y en los lugares donde pareciera que ya no hay nada que esperar o que hacer! Y «*la misericordia...espera a las almas extraviadas y soporta a los pecadores a fin de que se conviertan y corrijan de sus malas costumbres*» (M IV/133, 132).

## La semilla no se ve, pero trabaja

La idea de dar vida a una comunidad de Hermanas, dedicada particularmente a la educación e instrucción de las niñas y de las jóvenes del pueblo, me había llegado por la solicitud de las personas interesadas, pero también en mi interior no me daba tregua, a pesar de que las dificultades económicas me habían llevado a dudar de la autenticidad de esta nueva vocación mía.

Pensé en consultar al Papa Pío IX; y también él, como ya lo había hecho el arzobispo, me dijo: «Dios te bendiga a ti y a tu obra buena».

En adelante, después de estas autorizadas palabras, no tenía más motivo para dudar o eludir.

Maestras y alumnas, al escuchar esta noticia, no cabían en sí de alegría, e incluso el Arzobispo Magnasco se sintió comprometido y solicitó personalmente la ayuda económica a las familias más pudientes de Génova.

De mi parte, por aquel sentido de pobreza que había asimilado y vivido en mi familia e incluso después, no dejaba de buscar y utilizar el material que era descartado en las grandes obras de restauración que en aquel tiempo se hacían en la ciudad.

Así, en el otoño de 1876, al cabo de un poco más de un año, la construcción de la casa para las hermanas y para las jóvenes, incluidos la Capilla y el patio, fue llevada a término, con buena parte del material reciclado.

## Fundación de las Hermanas de la Inmaculada: ¿por qué este título?

El 15 de octubre de 1876, la casa de la calle Volturmo tomó vida, con el ingreso oficial de las primeras seis Hermanas de la Inmaculada de Génova, las que el 22 de octubre vistieron el hábito religioso, recibieron una pequeña Regla, aún manuscrita por mí, e hicieron la profesión de los votos de pobreza, castidad y obediencia.

Las llamé así porque siempre alimenté un amor filial a la Virgen, y también para honrar el dogma de la Inmaculada Concepción, proclamado por el Papa Pío IX en 1854, y en atención a las apariciones de la Virgen en Lourdes en 1858, presentándose a sí misma como la Inmaculada, como confirmando la definición dogmática del Papa.

### **Alejamiento de los Artesanitos**

Debiéndome ocupar de esta nueva comunidad religiosa, era evidente que debía rever mis tareas.

Entre ellas estaban los Artesanitos.

Me resultaba muy difícil hablar con Don Montebruno, porque no quería abandonarlo y dejarlo solo. Pero fue él quien vino a mi encuentro diciéndome que si el Señor me había indicado y puesto en otro camino, lo debía seguir decidida y plenamente. Los Artesanitos ya podían volar con sus propias alas, mientras que yo debía adiestrar el vuelo de mis golondrinas.

Animado por estas palabras fraternas, pude dejar el Instituto de los Artesanitos de Carignano y mudarme a la nueva casa de las Hermanas a fin de ocuparme de su formación y seguir las en el apostolado.

### **La cruz es el sello de las obras de Dios**

En mi vida no faltaron las incomprendiones, las penurias, los contratiempos, las ofensas y hasta las injurias graves.

También en el Instituto se verificaron situaciones y experiencias de sufrimiento y cansancio, ya sea en su interior, por la convivencia entre diversos caracteres y la rápida disminución de las alumnas, ya sea de fuera del Instituto, debido a contrariedades porque las Hermanas no eran de ese lugar, y se temía, además, que su acción atrajera a las personas y disminuyera el número ya exiguo, de quienes frecuentaban la nueva parroquia de Santa Zita.

Por otra parte, *«la tribulación, de cualquier parte que venga, es siempre útil y beneficiosa»*, es más, *«es la verdadera medicina que Dios, como médico piadoso, ofrece»* (M II/215).

Ahora bien, *«Es nuestro deber, en tiempo de tribulación, someternos a la voluntad divina, adorar los decretos de la Divina Providencia, que todo lo dispone para nuestro bien; en lugar de entristecernos por las cruces que nos tocan, consolémonos, porque mientras nosotros vivimos despreocupados de nuestro provecho espiritual, el Señor piensa en nuestro verdadero bien con tan amorosa solicitud»* (M II/214-216).

Siempre he advertido en mí y en los demás que la cruz fecunda todo cuanto toca.

Y la Congregación de las Hermanas de la Inmaculada se iba expandiendo.

### **El bien es difusivo y se multiplica**

Las Hermanas en 1882 iniciaron la nueva actividad como enfermeras en el hospital San Miguel Arcángel de Campo Ligure; además abrieron dos asilos en Cremeno y en Borzonasca y comenzaron



a ser requeridas por muchos párrocos: pero yo no podía contentarlos a todos. Era muy doloroso para mí decirles no y soportar sus reacciones y protestas. Pero, en conciencia, lo debía hacer por seriedad y honestidad pastoral y pedagógica, ya que no podía enviar Hermanas que no estuviesen preparadas para el servicio que debían prestar. ¡Y para esto se requería tiempo!

### **Declinan las fuerzas**

Con el paso de los años fue aumentando mi miopía hasta quedar completamente ciego.

Entonces me vi obligado a solicitar al Papa León XIII, la autorización para sustituir la oración oficial de los sacerdotes, la Liturgia de las horas, por otra oración que pudiera hacer sin necesidad de leerla, y celebrar la Santa Misa votiva de la Virgen en los días festivos y la de difuntos en los días feriales, las que sabía ya de memoria.

No obstante esta grave discapacidad, con mi indispensable e inseparable bastón, pude continuar mi vida de sacerdote: confesar, acompañar espiritualmente a las personas, dirigir el Instituto, ocuparme de la formación de las Hermanas y seguirlas en su acción apostólica, ir al Hospicio de la Infancia Abandonada donde llegué a bautizar 8484 niños; el último bautismo lo administré el 28 de octubre de 1896, en el quincuagésimo aniversario de mi ordenación presbiteral.

Para este jubileo, las Hermanas me prepararon una bella y cordial fiesta, alegrada por el creciente número de Hermanas y de las casas que se iban abriendo.

### **Nueva vivienda**

Este florecimiento de vocaciones impuso un cambio de casa, porque la de la calle Volturmo ya no tenía capacidad para hospedar tantas Hermanas y novicias.

Necesariamente se debía adquirir una nueva residencia y fue encontrada en la calle Lavinia, en la zona de San Francisco de Albaro.

También yo me mudé allí y fue mi último domicilio terrenal.

Era el año 1898.

### **Mi verdadero y definitivo día de nacimiento**

También allí comenzó la última etapa de mi vida que duró hasta el 7 de mayo de 1902 cuando el Señor quiso llamarme a sí y me alegré de que se cumpliese en mí la voluntad de Dios en todo y por todo.

*«¡Qué alegría embriaga mi espíritu! Jesús en mí y yo en Jesús; Jesús siempre conmigo, yo siempre con Jesús!» (M I/81).*

No quería realizar solo este pasaje, sino junto al Señor Jesús, mi Salvador. Pedí recibir conscientemente, por última vez el Sacramento de los Enfermos, que me fortaleció espiritualmente y me consoló para mi viaje definitivo hacia la morada eterna, a la que siempre había mirado, aspirado y conducido a todas las personas.

*«Allí, en aquella patria bienaventurada, nos espera Dios para darnos la recompensa por los sufrimientos soportados por Él en este valle de lágrimas, por las mortificaciones hechas por Él, por los servicios a Él prestados, es decir, de todo lo que habremos hecho para su gloria y por amor suyo» (M III/173).*

## En la beatitud de Dios

Ahora que estoy en la morada eterna y estoy ocupando el puesto que el Señor Jesús me había preparado (Jn 14,3), ahora que veo qué es lo que importa, les puedo decir que *«En el paraíso está quien no fue mártir, ni contemplativo, ni virgen: pero no hay ninguno que no haya sido humilde. Y es por eso que Jesús se preocupó por enseñarnos, con óptimos ejemplos, la gran virtud de la santa humildad, porque si no se es humilde no se puede ir al Paraíso»* (M I/179).

A “mis” Hermanas, un día pensando que no debía ejercer más el ministerio de la predicación divina (M II/233), les había dejado, *«como recuerdo de mis pobres esfuerzos, una admirable imagen que representaba a Jesús Crucificado con el epígrafe, encima de la cruz : “todo por Dios”, y un poco más abajo, otro epígrafe: “Jesús como modelo”; al pie de la cruz, una mujer llorando con las palabras: “María como ayuda”; un poco más allá, una lágrima debajo de la cual se leía: “prontas a todo sacrificio»* (M II/233).

Esta imagen, significativa y elocuente, no sólo para las Hermanas sino también para todos los cristianos, quería decir *«que debemos hacer todo por Dios; que en todas nuestras obras debemos imitar siempre a Jesús Crucificado, es decir, pensar como pensaba Jesús, obrar como obraba Jesús, tratar con Dios y con el prójimo como lo hacía Jesús; y todo debemos hacerlo con la ayuda y protección de María, nuestra amorosísima Madre, a costa de cualquier sacrificio»* (M II/233).

## Santo pero siempre “el pobre sacerdote”

Sé que de mí ya se ha dicho y escrito mucho y se me han dado muchos y variados atributos: el auténtico sacerdote, el sacerdote de gran fe, de oración, ferviente en la caridad, al margen de todo, siempre tras las bambalinas, un místico, un contemplativo, una querida y buena imagen paterna, el cura ejemplar, el catequista paciente, el confesor santo, el buscado director espiritual, el sacerdote precursor de los tiempos, el servidor del hombre al estilo de Dios, uno de los últimos, el apóstol de los marginados, el asistente de los presos, el celoso evangelizador, el fundador inspirado, el sacerdote humilde y alegre del último puesto... pero yo, no obstante todo esto, opino que no soy sino “el pobre sacerdote”, el sacerdote rico con mi pobreza, y este es el título con el que me reconozco más y con el que quisiera ser siempre recordado.

## Síntesis cronológica

- 1818      27 de julio: Agustín Roscelli nace en Bargone de Casarza Ligure de Domingo y de María Gianelli, último de ocho hijos, entre los cuales tres sobrevivieron: Domingo Andrés, Tomasita y Virginia.
- 1818      30 de agosto: habiendo sido ya bautizado en la casa el mismo día del nacimiento por motivos de salud, fue llevado a la Iglesia parroquial para completar las ceremonias rituales.  
No se conoce el día de la Misa de su Primera Comunión.
- 1833      24 de noviembre: es confirmado en la Iglesia parroquial de Casarza Ligure.
- 1835      Se traslada a Génova y vive en Subida del Prione para emprender los estudios preparatorios al Seminario en la calle Puerta de los Arcos.
- 1836      12 de junio: recibe la Tonsura y las dos primeras Órdenes Menores la del Hostiario (servicio de custodia y de cuidado de las Iglesias) y la del Exorcista (poder sacar los malos espíritus o limitar su influencia).
- 1838-40    presta regularmente el servicio militar.
- 1843      es inscrito en el Seminario Arzobispal como alumno externo mientras reside en el Colegio de los Jesuitas en el Palacio Tursi y hace, en compensación, de asistente de

- los pupilos.
- 1845 recibe la baja definitiva del servicio militar para emprender la carrera eclesiástica.
- 1845 2 de marzo: recibe las otras dos Órdenes Menores la del Lectorado (encargado oficial de leer la Palabra de Dios en la Liturgia) y la del Acolitado (encargado oficial del servicio del altar y de los ministros sagrados).
- 1845 20 de setiembre: es ordenado Subdiácono (dependiendo y complementando al Diácono en las funciones litúrgicas) en Génova.
- 1846 19 de setiembre: es ordenado sacerdote por el Arzobispo Card. Plácido María Tadini en la Capilla del Palacio Arzobispal.
- 1847 Cura en la Parroquia de San Martín de Albaro durante 10 años.
- 1854 se traslada, la mamá viuda, a la calle Colombo, a la casa de su hermano Domingo Andrés, viudo. Inicia el ministerio de Confesor en la Iglesia parroquial de la Consolación en Génova.
- 1860 va a habitar, en calidad de catequista, asistente y ecónomo, en la calle Muro de S. Clara en Carignano, en la casa de los Artesanitos, instituidos por el padre Francisco Montebruno.
- 1864 abre la primera Casa-Taller, para chicas obreras en la calle Colombo 5, en Génova.
- 1868 Abre la segunda Casa-Taller en la calle Lanieri 71, siempre en Génova.
- 1870 1 de marzo: se enferma gravemente, pero el 14 de marzo, después de insistentes plegarias de sus primeras colaboradoras a San José, se cura y retoma su actividad.
- 1872 6 de febrero: se adhiere a la Compañía de la Misericordia local, para la asistencia a los encarcelados y condenados a muerte en las cárceles de San Andrés.
- 1874 Capellán del Hospicio de la Infancia Abandonada en la calle Gropallo en Génova.
- 1876 15 de octubre: con el beneplácito y la bendición del Papa Pío IX, funda las Hermanas de la Inmaculada en la calle Voltorno a donde va a vivir.
- 1896 se vuelve completamente ciego: por eso debe reducir sus actividades fuera de la casa pero continúa dirigiendo el Instituto de las Hermanas.
- 1898 se traslada a la calle Lavinia, nueva sede de la Casa General de las Hermanas, donde se ve obligado a estar continuamente en cama.
- 1902 7 de mayo: entra en la Vida en concepto de santidad.
- 1931 3 de setiembre: se abre la Causa de Beatificación.
- 1989 21 de diciembre: Decreto sobre la heroicidad de las virtudes teologales: Fe, Esperanza y Caridad, y de las virtudes cardinales o morales: Prudencia, Justicia, Fortaleza, Templanza. Es declarado Venerable.
- 1994 15 de diciembre: es reconocido el milagro por intercesión suya.
- 1995 7 de mayo: El Papa Juan Pablo II lo inscribe en el Libro de los Bienaventurados con el rito de la Beatificación en la Plaza San Pedro en Roma.
- 2001 10 de junio: es reconocido y proclamado Santo en Roma para toda la Iglesia, por el Papa Juan Pablo II.